

dad, y hacerle sacrificios dignos de su aceptación:  
*servite...*

Espíritu divino, que nos previenes elogiar à  
 los varones virtuosos (1), que como cielos animados  
 publican tus maravillas, y tus glorias, para poner à  
 la vista de los vivientes modelos exâctos de perfec-  
 cion, que debemos imitar: comunicame tus celestia-  
 les luces, para que hable con el fruto, y decoro, que  
 apetesco de las acciones del difunto Conde de

Regla. Esta gracia espero me dispenses  
 por intercesion de Maria Santisima,  
 à quien saludo reverente:

**AVE MARIA,**

(1) Ecclesias. 44. 1.

*Audite ergo, Fili mei, Patrem vestrum:  
 servite Domino in veritate, et inquirete, ut  
 faciatis, quæ placita sunt illi.*

ubi supra.

**ILLMÔ. SÔR.**



**S** PRECISO VIVIR RECONOCIDOS  
 à nuestros Padres, obedecerlos, y venerarlos. El su-  
 premo Legislador para darnos à conocer la impor-  
 tancia de este precepto, de ésa esencial obligacion  
 de todos los nacidos, lo grabó con su prodigioso  
 dedo (1) en las tablas de la Ley, que entregó à  
 Moysés. El és, dice el Sabio en el Ecclesiastico (2);

B

(1) Exod. 31. 18.  
 (2) 3.



el origen de nuestras prosperidades temporales, nos asegura una dilatada existencia sobre la tierra, és uno de los sacrificios mas dignos de la divina Magestad, la satisfaccion mas dulce, que podemos dar á nuestros Padres por sus trabajos, y desvelos, y una marca, que en cierto modo nos destina á la felicidad eterna.

Asi se distinguió el Patriarca José entre sus hermanos, y mereció ser elevado al Trono de Egypto (1). El Padre S. Agustin (2) se gloria de haberlo observado con puntualidad, aun en medio de sus desordenes; y quizá fué, lo que prendió à la divina Misericordia, para sacarlo del cieno del error. El mismo hijo de Dios, dechado perfectísimo de santidad, desde su infancia hasta el último paso de su vida recomienda esta practica: por que si se dignó tomar nuestra carne, si se sujetó á las leyes de Is-

(1) S. Ambros. lib. de Benedict. Patriarcar. cap. 1.

(2) Lib. 9 de sus confes. cap. 12.

raël, si padeció hasta morir cubierto de afrentas, fué por obedecer (1) á su eterno Padre. Altamente penetrado de esta verdad el Sôr. D. Pedro de Terteros, la abraza con todo esmero, la mira como un adorno, que debia hermosear su alma, y se propone hacerle continuos sacrificios, sirviendo á Dios con verdad, segun le encarga su Padre: *servite Domino in veritate.*

¡Que bellas disposiciones se notaron en el Sôr. Conde para caminar por la senda, que le señaló, para honrar su memoria con la obediencia, y para subir al monte de las virtudes, como otro Isac, á hacer un solemne holocausto de su vida, y de sus acciones! Trasladado á la antigüa España en sus tiernos años; ni la distincion, ni el cariño con que le franquearon su amistad el Señor D. Carlos IV, entonces Principe de Asturias, los Grandes y primeros

(1) Ad Philip. 2. 8.



Personáges de la Corte, envanecieron, y llenaron de orgullo á un joven sensato, que tenia puestas sus miras en objetos mas elevados. La compañía de los jóvenes nobles del Colegio de Madrid, en aquella edad peligrosa, en que las fogosas pasiones agitan al hombre, y lo precipitan en escollos fatales, no alteraron un punto su serenidad. El galantéo, las diversiones, las perniciosas tertulias, los criminales pasatiempos, y mil otros abusos, á quienes se dá el título de razones de estado, jamás acomodaron á su buena alma que no quizo desviarse del camino de la inocencia, y de la virtud. Se regresó á la América, habiéndose conservado, como el joven Gonzaga en medio de las Cortes mas deliciosas de Europa: sin amañillar su conducta, sin doblar la rodilla al idolo inmundo de la depravacion, y teniendo presentes, para su fiel observancia, las obligaciones de cristiano. Vino á su Patria en lo mas florido de su edad, á disfru-

tar de un brillante grado de nobleza, á disponer de un quantioso patrimonio, y á ser el blanco de las atenciones, de los aplausos, de los rendimientos, de todos los inciensos, que consume delante del trono de los poderosos, ó el vil interés, ó la seductora lisonja. Pero venia de experimentar en el gran teatro del mundo, que sus grandezas son vanas, y no durables; que su esplendor puesto á la luz clara és falso; que en sus alabanzas está mezclada la adulacion; que sus homenajes son fingidos; que la vanidad, y el engreimiento, que suele acompañar á los de su esfera, produce efectos funestísimos.

Estos conocimientos hicieron, que se presentase entre nosotros un hombre de un trato amable, y adornado de rara sencillez; prudente, humano, humilde, retirado, quanto fue posible, del tumulto, y de la confusion. ¡Prendas brillantes, que lo ennoblecieron mientras vivió; que el mundo aluci-



nado, habitacion de necios calificaria de natural encogimiento, de falta de penetracion, de indolencia, ó ineptitud, para acomodarse á sus modales; pero que en el juicio de hombres ilustrados, que penetraron el fondo de su alma, fueron adelantos prodigiosos, que hizo en la escuela de la virtud, con la constante practica de sus propios vencimientos! Sin que pudiesen notarlo, como encargaba S. Pablo á Timoteo (1), se dejó ver en México el Sôr. Conde de Regla, dando eloqüentes lecciones de piedad, que iba á continuar con empeño hasta su complemento segun el mandato de su Padre: y Dios, que desde el resplandeciente, y elevado Trono, en que lo vió Isaias (2), velaba sobre sus pasos, se complacia en su bondad, y lo destinó para el número de sus escogidos, aplica su poderosa virtud, que perfeccionó una de sus excelentes obras. Al Sôr. Conde se le

(1) 1.<sup>a</sup> 4. L. 2.<sup>a</sup>  
 (2) Cap. 6. 1.

habia concedido como á los Filipenses (1): no solo que se uniera á Jesucristo; sino que este sagrado lazo lo texiese la tribulacion, por donde empezó sus nuevos, é importantes servicios al Criador.

Si, tu Señor, quisiste repetir el extraordinario exemplar de sufrimiento, que fabricaron tus manos en tu siervo el Santo Job. Tu quisiste darnos á conocer, que ese hombre recto, no te servia, obligado por los muchos bienes temporales, que le dispensabas: que su virtud no era como la de aquellos, que en doctrina de mi Angelico Maestro (2), la aparentan en el exterior, les és desconocida en el corazon, y á los primeros reveses balancéa, y pierde por fin el equilibrio; sino que verdaderamente bueno, acometido de graves incidencias, no se desaficionó de tus bondades y perfecciones.

Los molestos achaques, y abanzada edad del

(1) 1. 29.

(2) En la exposicion del Lib. de Job, cap. 2. lec. 4.



Sôr. D. Pedro su Padre; los cuidados, que le ocasionaron las riñas, y clamores de unos operarios inquietos, que no podia contentar á su antojo, entorpecieron el giro de las minas, y prepararon al hijo, el vaso de hieles, que apuró con entereza. Dios le reservaba grandes riquezas en los cerros del Real del Monte; pero sin que la abundancia de aguas permitiese continuar las labores, y extracción de metales, que era el exe, en que estrivaba la prosperidad de su Casa: ¡Que aspecto tan aspero, para agriar un corazon, que no fuese el de el Sôr. Conde! Se presentaban dificultades poderosas, por el mucho dinero, que se habia de invertir, por lo penoso del desagüe, por el largo tiempo, que debia tardar; pero al justo nada le contrista, dice el Sabio (1). Luego conoció, que era disposicion de la divina providencia; se humilla à bendecir la voluntad del eterno,

(1) Prév. 12. 21. *En la expedicion del Eib. de*

dirije sus miras á tan importante empresa, aplica los medios conducentes á su logro, y todos los obstaculos vence su paciencia.

Tentó Dios, diré con la valerosa Judith (1), tentó Dios, al modo que á Abram, á Isac, y á Jacob, al Sôr. D. Pedro con estas adversidades, que poniendo en exercicio su paciencia, lo acercó á la fuente inagotable de luces indeficientes, que conduce por caminos seguros á sus siervos, lo adiestra en la sublime ciencia de los Santos, lo pone à cubierto de caidas funestas, lo aplica à empresas arduas de virtud, y hace de sus acciones, y de sus afectos un obsequio racional á la eterna Magestad, que son los frutos, que numera San Lorenzo Justiniano (2). Esta fue la tierra, en que colocó el celestial Labrador á ese fecundo grano, para que muriese, y se despren-

C

(1) 8. 21.

(2) De ligno vit. c. 2.



diese de todo lo terreno; y que nutrido, y fomentado con el benigno rocío de la gracia, creció, qual suele una robusta planta, que esparce por todas partes esquisitos aromas.

Nosotros no la conocíamos, Señores; ignorábamos, lo que era el Conde de Regla, por que el velo de la humildad, y la modestia, su retiro, y recogimiento nos ocultaron los primores, que adornan su vida. Pero credme quanto os diga sin la menor repugnancia: pues ni por el vil interes, ni por la abominable adulacion, habia de exponer mi sagrado Ministerio, y mucho menos profanar la respetable Cátedra, que ocupo. No os voi á contar como verdades, delirios de una fantasia acalorada: ni oireis exâgeraciones retoricas, inventadas para abultar las hazañas de un heroë profano; sino relacion ingenua de los singulares hechos de un hombre arreglado dignos de nuestro asombro. Por que si en doc-

trina del P. San Bernardo (1): la castidad peligraba con el poderoso incentivo de los manjares, y los deleites; si apenas se encuentra humildad en el centro de las riquezas; si se abandona á la piedad con la agitacion de los negocios; si la verdad padece sus quebrantos en las freqüentes conversaciones, y naufraga la caridad entre las furiosas tempestades del siglo: os presentaré en medio de tantos peligros, aquel prodigio, que buscaba Salomón para celebrarlo en todas las edades *quis est hic, et laudabimus eum* (2)?

Acercaos á la mesa del Sôr. D. Pedro Terreros, y encontrareis, que teniendo á la vista abundantes, y sazonados manjares, guarda una rigorosa templanza, se alimenta con lo muy preciso, para subsistir, y hace una sola comida en los dias de ayuno: que doma su carne con cilicios, y otras mortificaciones, le niega hasta los placeres inocentes, para

(1) De convers. ad cleric.

(2) Eccles. 31.



conservar aun en su estado de Matrimonio, un candor, y una pureza no comun. Buscadlo en sus viviendas interiores, y vereis, que un hombre, á quien llaman la atencion muchos, é importantes negocios, sabe interrumpirlos, para dedicarse largos ratos á la leccion de libros devotos, que le dieron á conocer la belleza de las virtudes y la fealdad del pecado: para saludar á la Reyna de los Angeles con su divino officio, y para tratar familiarmente con su Dios, una, y dos horas todos los dias en el exercicio de la oracion. ¡Quantas veces arrebatado en la contemplacion de sus bondades, absorto, y fuera de si, á pesar de su retiro, y su estudiado disimulo, no pudo ocultar sus santas ocupaciones (1)! Seguid los pasos de un

(1) De esta verdad, y de las demas particularidades de la vida privada del Sór. Conde, que en este lugar se publican, ha sido testigo, y me las ha comunicado un sugeto, que por su caracter y circunstancias merece entero credito. Hago esta advertencia, asi por ser extraordinarias tantas, y tan edificantes acciones, como por que la impiedad, y murmuracion se atreven, aun á los varones de virtud mas conocida.

poderoso, á quien no deslumbró el brillo de su oro, ni se soñó colocado en una esfera distinta de la de los demás hombres; sino que abrigando en su corazon una humildad nada inferior á la de los mas fieles profesores del Evangelio, no se dedigna ir en persona á solicitar el alivio de sus sirvientes, entrar á las chozas despreciables, á dispensarles caritativos officios (1), y practicar sus actos mas edificantes (2). ¿Quién sino el conocimiento de su nada, y de su miseria estorbó, el que se engolosinase en sus bienes, y nutrió el deseo de desprenderseles, y vivir

- (1) Mientras el Sór. D. Pedro residio en sus Hazien-  
das, siempre que se le administraron los Sacramentos  
á sus operarios, acompañaba al Sagrado Viatico, les  
limpiaba los Santos Oleos, y cuidaba, de que se les  
exórtase, y recomendase la alma, freqüentando la cho-  
za, y asistiendo á estos exercicios de piedad.
- (2) Lo es en la realidad entre otros, el haberse postra-  
do, á besar los pies de una persona inferior, que sin-  
tió una palabra, que le había dicho, y el Sór. Con-  
de la satisfizo con esta accion tan cristiana.



retirado, y oculto en Jesucristo (1)? Observad y admiraos con la conducta del Sôr. Conde, que en medio de tantas contestaciones, tratos, y correspondencias indispensables á su condicion, y circunstancias, se porta como hombre ingenuo, que no separó la verdad de sus palabras, y su genio, y su caracter fué cumplirlas con la mayor puntualidad.

Aun no aparteis los ojos de tan raro exemplar de bondad cristiana, para que confeseis con el Sabio (2): que obró maravillas en el discurso de su vida, si á estas añadís otras acciones igualmente gloriosas. Ese constante amor, y ternuras, esos no interrumpidos desvelos, para dár à conocer su catiño, y no desagradar á su Esposa, donde abundan exemplos seductores, y tantas tristes victimas del despre-

(1) Solo esperaba, que su hijo tomase estado, y ponerlo en posesion de su vinculo, para verificar este pensamiento.

(2) Eccles. ibidem.

cio, y del abandono de sus Maridos. Ese sumo respeto á los Ministros del Altisimo, donde se les mira con aversion criminal, y solo se habla de ellos, para publicar sus defectos. Ese continuo cuidado, y exâctas diligencias, para arreglar á su familia, proporcionarle los socorros espirituales, y fomentar el servicio de Dios, donde tanto se hà propagado el abandono, y se tienen las obras de piedad, por ocupacion de almas viles, ó de necios.

¿Pero como no habia de conservarse ileso de tan abominable corrupcion, si cada año se retiraba á la soledad de la Casa Profesa, á que en la practica de sus Exercicios le hablase Dios al corazon, y le intimase sus preceptos? ¿Como no habia de dirijirse con acierto en todos sus cargos, si con tanta freqüencia comparecia ante el trono de Jesucristo Sacramentado, á quien veneró con particular afecto; si empleaba largo tiempo en pedir le comunicara sus ce-



lestiales resplandores ésa luz verdadera, que ilumina á todo viviente? ¡Templos de San Agustín, y de Religiosas Capuchinas, vosotros fuisteis testigos de esta fervorosa devoción: vosotros le visteis ofrecer el don precioso de sus lagrimas, de sus humillaciones, y ternuras al augusto Sacramento de nuestros altares! ¿Como no habia de tener esclavizadas las pasiones, y apetitos de la carne rebelde, si se alimentaba con el pan de los Angeles, todos los Domingos, las festividades de Jesucristo, y de su bendita Madre? ¿Como no habian de resplandecer las virtudes en el Conde de Regla, si MARIA Santisima al pie de la Cruz, traspasada de dolores, y dando exemplos de perfeccion, fue la estrella, que siguió en este mar peligroso: si este amargo trance de la Madre mas inocente ocupaba su memoria, le enternecia el corazon, y le obligó á hacerle muchos y gratos obsequios (1)?

(1) Dotó la tanda de ejercicios de la semana de Do-

Con estas armas, con Protectores tan poderosos pudo muy bien, resistir á las adversidades, á los combates de sus enemigos, y á los recios ataques del mundo. Nada fue capaz de estorbar á la obediencia, con que se dedicó, á vivir segun las máximas del Evangelio. ¿Acaso entibió su fervor el inescrutable decreto del Omnipotente, que despues de molestos trabajos, y fatigas para descubrir los dones, que preparaba su liberalidad, á la manera, que á Moyses, antes de que Israel ocupara la tierra prometida (1), le dió á conocer, no queria, el que los disfrutase (2)? ¿Alteraron su serenidad, las prolonga-

D

lores con cinco mil pesos: anualmente en estos mismos dias socorría al Hospital de S. Juan de Dios con doscientos; y por mano de un Sacerdote de su confianza repartía varias limosnas.

(1) Deuter. 34. 4.

(2) No obstante la actividad, con que el Sr. D. Pedro se dedicó á poner en giro las minas, la falta de azogue, que há experimentado este Reyno por una guerra tan dilatada, estorbó el beneficio de los metales, y le hizo casi perder la esperanza de lograr el fruto de tantos trabajos: asi puntualmente se verificó.



resplandores esa luz verdadera que ilumina  
 das, y penosas enfermedades, con que Dios quiso,  
 acrisolar su paciencia? ¿Acaso las grandes promesas  
 de dinero, de distinguidos honores, conque le brin-  
 dó el monstruo de la España (1), hicieron que se  
 inclinara á su favor el Conde de Regla, ó que se  
 lisonjeara de su amistad, que solicitó? No; por que  
 estaba empeñado en servir á Dios, como le ordenó  
 su Padre, con rectitud, con sencillez, con todo el  
 corazon, que son los caracteres de la verdad (2):  
*servite Domino in veritate.* ¡O hijo obediente á to-  
 da prueba, y que satisfaccion para ti haber desem-  
 peñado los preceptos de tu Padre! Pero tu gloria  
 no sería completa, dice el Papa San Leon (3), si  
 no añades á esos ilustres meritos, los grandes sacri-  
 ficios, de que hé de tratar en mi segunda parte:  
*in quirite, ut faciatis, quae placita sunt illi.*

(1) Esta Carta de D. Manuel Godoy, se conserva entre  
 los papeles del Sór. Conde.

(2) Alapide super Tob. 14. 10.

(3) Serm. de juicio extremo, ejusque exámine.

QUANDO VUELVO MI CONSIDERACION AL DIA DE  
 esta misma fecha del año de 81, se me presenta en  
 la muerte del Sr. D. Pedro Terreros, Padre de  
 nuestro difunto Conde, una escena dolorosa, que  
 oprime mi corazon. Veo correr abundantes lagrimas  
 por el semblante de innumerables pobres, que hán  
 perdido sus socorros: oigo tiernos gemidos de viu-  
 das, de doncellas, y huérfanos, que se encuentran  
 sin amparo: repetidos clamores en las torres de los  
 Templos, publicando la falta de su generoso bien-  
 hechor: ardientes y fervorosas suplicas de todos los  
 reconocidos á sus liberalidades, que suben al trono  
 de Dios, á implorar su eterno descanso. ¡Ah! ¡quien  
 hubiera podido interrumpir esas voces, y decirle á  
 tanta victima de la miseria, de la necesidad, y del  
 desamparo: consolaos, consolaos, almas afligidas, en-  
 jugad vuestras lagrimas, que del oriente (1) viene

(1) Quando el Sór. D. Pedro Terreros murió, se halla-  
 ba su hijo el Sór. D. Pedro Ramon en España.